

¡ Si por temor dejara nuestra lengua de alabarte, con los dientes nos la arrancaríamos, para escupirla en el cieno por cobarde! ¡ Si dejara ingrato nuestro corazón de amarte, abriéndonos el pecho con las uñas, de allí lo arrancaríamos á pedazos, por in-mundo y por infame!



## DISCURSO

pronunciado

EN LA ASAMBLEA GENERAL  
DE LA SOCIEDAD CATÓLICA DE MÉXICO

el 8 de Diciembre de 1873.

---



SEÑOR ILUSTRISIMO :

SEÑORES :

¡Un grande y penoso esfuerzo me causa pronunciar tu nombre! Me agobia el peso de mi propia indignidad. Tu nombre puro es casi un escándalo en mis labios. Desde el hondo abismo de cieno en que me agito, temo mancharlo si me atrevo á proferirlo en alta voz. ¡Oh!, para pronunciarlo, no digna, sino al menos reverentemente, se necesitarían una alma más blanca que las nieves espumas de las cascadas; un cuerpo más limpio que el agua que brotó de la peña herida por la vara milagrosa; un aliento fresco como las brisas de la mañana, é impregnado del aroma del nardo y del ci-

namomo; y un acento que encerrara e plácida armonía los murmullos de las ondas de los lagos, los vagidos de las olas que se aduermen y el susurro de las alas del viento, cuando al caer la tarde suavemente azotan las hojas de los árboles.

Para que pueda pronunciarlo ahora, límpíame, Madre, de mi maldad nativa, detén las grandes alas negras del hórrido turbión que ruge á veces dentro de mi frente, apaga en mi pecho ese volcán inmundo que suele vomitar lava ardiente de pasiones. ¡Tú lo puedes, Madre! Purifica con fuego mis entrañas; un solo rayo de tu luz envía sobre mi calcinada frente para que irradie como un sol; pasa por mis inmundos labios el carbón encendido de Isaías; que al golpe de una sola centella de tu amor arda y levante flama mi duro corazón, más seco que la corteza caduca del árbol secular. ¡Tú lo puedes! Disipa las densas nieblas de mi mente, el crespón rasga que me envuelve en pliegues de letal tristeza, dí á la tentación que no me azote con su látigo de fuego. Al menos hoy, dame una alma de armiño y una palabra de aampo de nieve; préstame ritmo de ángel y pureza de serafín

para que pueda, cayendo de rodillas, pueda, sin manchar tu nombre, desde el fondo de mi alma prorrumpir: ¡Virgen María, Madre de Dios y Madre mía!

¿Y quién me ha dicho que tú eres la Madre de Dios? Cuando me recojo en espíritu á meditar en tu dignidad incomprensible y en el abismo de tu gracia y tu grandeza, mil testimonios y mil se me presentan de que eres tú la Madre del Eterno. Si posible fuera que yo, blasfemo é insensato, dudase de tu dignidad altísima, uno solo haría para persuadírmela. Tengo una prueba incontrastable. Yo creo en tí por lo que nos amas y por lo que te amamos. Sólo la Madre de Dios podría amarnos como tú nos amas. Si no fueras tú la Madre de Dios, sería imposible el amor que te tenemos.

Es verdaderamente sobrehumano y sobrenatural el amor que María tiene á la humanidad. ¿Qué es amor? Es la voluntad activa del bien del ser querido. Dos polos tiene, por decirlo así, el amor; dos caracteres que lo clasifican esencialmente: su fin y su intensidad. Mientras más se ama, en efecto, mayor bien se desea y con mayor intensidad para el ser querido. Esto es

amar. En Dios, cuya actividad es la Omnipotencia y cuya intensidad de querer es el Infinito, su amor es la Creación, su intensidad es la vida, es decir, el hecho, la realización misma de lo que quiere. El amor de María á los hombres es tal, que después del de Dios, no hay amor como el suyo. Si el amor es el deseo eficaz del bien del ser amado, ¿qué bien hay para el que no sea tan eficaz como fecundo el amor de María?

Antes de levantar los ojos al cielo, fijémoslos por un momento en la tierra. ¿Cuáles son los grandes bienes de este mundo! De los naturales, la inteligencia, el sentimiento, la salud y la vida, son los que más estimamos los hombres; pues el oro y el poder no son dones internos, sino externos, así como el goce y el dolor no son dones, sino afecciones del ánimo, es decir, no son cualidades personales. Pero, ¿cuál don hay esencial ó accidental que el amor de María no sea bastante intenso y bastante eficaz para proporcionárnoslo? Elegid al azar los dones que á los ojos de los hombres sean más estimados.

La inteligencia la tienen en muy alta estima. Es bella, en efecto, como todo don del

Señor. Pensar, cosa es tan grande y tan hermosa, que todo hombre puede decir: "Pienso, luego soy hijo de Dios." ¿De dónde brota el pensamiento? Ignoramos su misteriosa fuente. A veces la idea se pinta sobre la frente, como si un ángel con mano invisible viniera á dibujarla suavemente. Como una niebla se levanta otras del fondo de la cabeza, que poco á poco se condensa y toma forma, hasta que la palabra interior ó pronunciada le da cuerpo y la hace palpar de vida. El de los recuerdos es un mundo inconmensurable. Yo no sé en qué senos sin fondo deposite la memoria sus archivos. No sé en qué atmósfera luminosa agite la imaginación sus alas. Magnífica es y bellísima la inteligencia. Con razón Schiller decía: "un reino interminable es el pensamiento," y con más razón San Agustín exclamaba: "¡Gracias, Dios mío, gracias porque pienso!"

Pues este dón tan alto, el amor de María, lo da con la facilidad misma que brota agua la fuente y el campo produce espigas. Por el año 1200 nació de la ilustre casa de los condes de Bolstad, Alberto, á quien el mundo dió después el sobrenombre de Grande.

Había pasado ya los umbrales de la juventud y su inteligencia era escasa. Él deseaba poseerla para honra de Dios y para bien de los hombres, y de rodillas, á los pies de María, dame inteligencia, Madre, la decía, y de hinojos á sus plantas rogábale con instancia y con fervor. "Yo te daré inteligencia, le dijo María al fin, movida de sus súplicas, pero para que sepas que no es dón tuyo sino beneficio mío, cuando tu muerte se aproxime te dejaré en tu natural rudeza." El dón fué como de María; le dió á Alberto una inteligencia tal, que los sabios le llamaron "el Grande." Enseñó en Roma, en París y Colonia, con aplauso y admiración del mundo. Fué, entre otros, su discípulo, Santo Tomás de Aquino, el doctor angélico. Tan grande fué la inteligencia de Alberto, que la historia dice: "totum scibile seivit" que supo todo lo sabible, y Trithemio asegura que fué hombre incomparable y sin igual en erudición, docto en todas las ciencias, en todas letras y en todas cosas. Tres años antes de su muerte, cuando estaba enseñando todavía, la Virgen le anunció que ya no sería sabio. Lleno de agradecimiento y de humildad lo avisó á sus discí-

pulos Alberto, y se preparó á la muerte en la soledad y en la oración. El hecho tuvo innumerables testigos, y muchos son los historiadores y biógrafos que lo refieren.

Tan hermoso como la inteligencia es el sentimiento. Sentir, es decir, amar, es una delicia incomparable: es el amor el cielo de la tierra. Sin el amor la vida nos sería imposible: es la atmósfera vital del alma. No hay criatura tan desgraciada en el mundo, que no ame ni sea amada de ningún otro sér. El mayor criminal es amado de sus padres y sus hijos al menos. A Nerón lo amaba Agrippina. Para extinguir el amor en el alma humana, fué necesario el infierno, ese portentoso milagro de una Justicia Omnipotente. Si un sér humano pudiera ser desterrado del mundo del amor de un modo absoluto, su alma moriría de asfixia. Pensar y amar, ésta es la vida del espíritu.

Cuando el amor crece en intensidad y se dilata en extensión, el mundo se torna para el sér que así ama, en un paraíso. Nosotros, los neófitos del amor, apenas tenemos fuerza para amar á nuestras familias, á una madre, á una esposa ó á una hija; para amar á nuestros benefactores, á algún sér

desgraciado ó amable que excite nuestra compasión ó nuestro cariño. Cuando el amor se hace caridad, es decir, amor en Dios y por Dios, entonces es cuando tomando toda su fuerza y lanzándose á todo su vuelo, inunda el pecho que lo siente de delicias inefables. ¿Qué feliz debe ser el que ame á todo hombre como á su hermano, y tenga el mundo por patria, y á la humanidad por su familia! El que así llegue á amar, debe sentirse dichoso como un ángel, debe sentir un cielo dentro de su pecho.

Pues este excelso dón de amor, la Virgen sabe darlo también á manos llenas. ¿Conocéis la vida y las obras de San Buenaventura? El mundo lo ha llamado seráfico, y seráfico quiere decir: “el que arde en amor.” Flama viva era su corazón, en efecto, manantial inagotable de ternura su pecho, unción lacrimosa su palabra. Su alma encerraba un mundo de sentimiento, y un abismo de dulzura su corazón. Alejandro de Halles su maestro: “No ha pecado en Adán, decía; y Santo Tomás de Aquino le preguntaba donde había aprendido su ciencia henchida toda de amor.” El hermano Giles con una humildad sublime interrogándole una

vez, le dijo “¿Puede, padre mio, un idiota amar á Dios como un gran Doctor?” “¿Oh, si, replicó San Buenaventura y puede amarle más una pobre mujer que un célebre teólogo!” Tenía San Buenaventura un corazón de fuego y una alma de niño.

Mas no me admira su fuerza de sentimiento ni su intensidad de amor. Sé que desde que fué elevado al generalato de su orden, quedó puesta bajo el amparo especial de la Madre de Dios: que todos los días rendía homenaje á la Reina del cielo; y que compuso un libro inmortal que se llama el “Espejo de la Virgen,” para cantar las gracias, las virtudes y los privilegios de María, ¡Ah! Con razón amaba tanto, con razón para calmar sus temores y para recompensar su ardiente caridad, Dios le enviaba la Hostia santa por el Ministerio de sus ángeles. ¡Es evidente, da amor el amor de María!

Y alcanza tambien la salud y la vida; la salud alegría del cuerpo y sonrisa de los sentidos, y la vida, hilo invisible de la Omnipotencia que nos sostiene en el vacío de nuestra propia nada; soplo de Dios que late fecundo dentro nosotros para comuni-

caros el sér á cada instante. A través de la misma muerte, por decirlo así, puede alcanzarnos la vida el amor de María. En Zaragoza de Aragón, vivía por el año de 1214 una joven bellísima, que se llamaba Alejandra. Dos galanes enamorados de ella, riñeron hasta la muerte. Los deudos de éstos, en su indignación insensata y criminal, creyendo la causa de tal catástrofe á la infeliz Alejandra, la degollaron y arrojaron su cabeza en una cisterna. Al pasar por aquel sitio Santo Domingo, hizo salir la cabeza hasta el brocal. Su cabeza viviente, á pesar del mucho tiempo que llevaba de estar separada de su tronco, se confesó y comulgó á vista de un concurso innumerable. Declaró en presencia de testigos numerosísimos, que el amor á María le había conservado milagrosamente la vida para que muriese en gracia. Algunos días permaneció todavía sobre el brocal. viviente y animada, para que la contemplasen los habitantes de casi todo un reino, y no murió sino cuando el prodigio era ya tan innegable como patente.

Yo sé bien que en los tiempos de necias negaciones y estúpidas sonrisas que alcan-

zamos, hechos como éste no son creídos, Pero la realidad no deja de serlo porque sea negada. El suceso pasó en presencia y á la vista de millares de testigos. Los historiadores coetáneos y posteriores lo refieren. Santo Domingo fué actor en él como lo confirman sus biógrafos y contemporáneos. Entre otros, da testimonio de tan extraordinario suceso Eusebio de Nurember, es decir, la discreción y la veracidad mismas. ¿Es posible la duda en presencia de semejantes pruebas? Negar la evidencia, es insensatez.

Y si del orden de la naturaleza pasamos al de la gracia, la intensidad y potencia, por decirlo así, del amor de María se hace más patente. A los más endurecidos criminales los ha tornado en ejemplares penitentes. Ha hecho á criaturas humanas amasadas en lodo y pecado, tan puras como los ángeles. A inteligencias débiles y limitadas les ha abierto horizontes inconmensurables de una sabiduría profunda. A los hijos de la sabiduría los ha puesto más humildes que el polvo. Ha vuelto, con una sola mirada de misericordia la paz y la dicha á almas mordidas por el dolor y desgarradas por el

remordimiento. No hay mal del alma tan grande, que ella no remedie, ni dón tan excelso que no alcance.

Y lo mismo abarca la fecundidad de su amor á los individuos, que á los pueblos y que á las generaciones enteras. Tenemos ojos y no vemos. Estamos ciegos porque no queremos mirar. ¿Habéis leído ese libro sobre las apariciones de la Virgen en Lourdes que acaba de publicar Enrique Lasserre y ese opúsculo intitulado “¿Dónde estamos?” que escribió hace poco el abate Gaume, ese atleta de la inteligencia, que es tal vez la cabeza más fuerte y pensadora del mundo contemporáneo? Hay coincidencias verdaderamente admirables. Hechos hay en presencia de los cuales toda duda es imposible. Se aparece la vírgen á una pobre pastoreilla en Lourdes, y sin causa alguna y derrepente, la Francia misma que ayer coronaba á Voltaire, que aplaudía con ambas manos al miserable Renan y al sofista Comte, y que escuchaba con admiración á los sabios aduladores del cesarismo anticatólico ó de la democracia impía, hoy vuelve en masa al catolicismo y se apresta á levantar en Montmartre un tem-

plo tan grande como su arrepentimiento, y envía en peregrinación á implorar el amparo de la Virgen María, á centenares de sus diputados. Pero cosa más admirable aún. Todo esto lo hace no Thiers, la plenitud, por decirlo así, de la vana sabiduría humana; sino Mac-Mahon, el soldado cristiano que para tan grande obra sólo cuenta con una espada medio rota en la mano y mucha fe en el corazón. Los que en estos sucesos no quieren ver la influencia de María, que volteen el rostro para que los hechos no se les vengan á la cara. La verdad se indigna y á veces también suele derribar á los que se le paran frente á frente, tan sólo para negarla.

La intensidad y eficacia del amor de María son evidentes. Después de Dios no hay sér que nos ame como ella. No nos es posible dudar de la grandeza de ese amor en presencia de hechos manifiestos é incontestables. Me refiero no sólo á los que acabo de narrar, y que son tales que si los sujetáramos á tela de un juicio forense, deberían admitirse como plenísimamente probados; y que examinados á la luz de la historia y la filosofía, pueden pasar íntegros

por el tamiz más estrecho del más rígido criterio. Me refiero sobre todo al hecho universal y constante de siglos enteros.

Que San Epifanio y san Juan Crisóstomo en Asia y en Grecia, que san Cipriano y san Agustín en Africa, que san Ambrosio en Milán y en España san Ildefonso: que en Nápoles san Alfonso Ligori y en Ginebra San Francisco de Sales; que en Francia San Bernardo, y San Anselmo en Inglaterra; que generaciones enteras, en diversos países y regiones y en diversos siglos, bajo distintos climas, influencias, pasiones y gobiernos, nos aseguren contestes que María nos ama y que nos ama con una intensidad y una eficacia tan grandes como confirmadas por hechos incontables y portentosos: y que yo crea, sin embargo, que todos se engañan y concurren á padecer un mismo error, ó que todos sin interés y sin objeto han urdido una conspiración imposible para engañarnos, son absurdos tan monstruosos que no caben en cabeza alguna racional. Lo que es á mí, no serían bastantes á persuadirme de ellos todos los novadores, todos los heresiarcas y espíritus fuertes del mundo, aun cuando se congregasen en uno

para imbuírmelos. Hay absurdos tales, que no caben en la mayor estupidez humana.

Es evidente que María nos ama con un amor, que sólo el de Dios es más grande. Una vez conocido este hecho, necesario, es confesar que es la Madre del Eterno. Si no fuera la Madre del Ungido, el amor que nos profesa sería no sólo inexplicable, sino imposible. Si alguno me dijera, hubo un hombre en la tierra que os amaba hasta el punto de que por vos hubiera dado, no sólo todos sus bienes, sino hasta su vida, en el acto le contestaría: ¡ése fué mi padre! Si otro me dijese: hay una mujer que os dió la vida con peligro de la suya, y que con el mismo peligro y con el mismo amor os la volvería á dar, le replicaría en el acto: ¡ésa es mi madre! Cuando yo veo el amor que nos tiene María á todos los humanos, me digo también: es más grande que el de una simple mujer, por excelsa que se la suponga, sería muy grande para un ángel y para un serafín, y para una legión entera, y para decirlo en una palabra sería, me digo todavía, mucho amor para todos los espíritus justos de los cielos y de la tierra, y tan sólo puede, por lo tanto,

caber en el pecho de la Madre de mi Dios. No es posible admitir el efecto sin la causa, ni concebir un atributo sin el sujeto correlativo. Como nos ama María, sólo puede amarnos la Madre de Dios. Luego Ella, luego Ella, sí, es la Madre adorable del Eterno Verbo. ¡Madre! ¡Madre nuestra! te hemos conocido en el partir del pan. Hemos conocido tu excelso é incomparable origen en el raudal inmenso de tu amor. Una Madre que por salvarme se asocia resignada en su inmenso dolor al escarnio, al suplicio y á la muerte de su propio Hijo, sólo puede ser madre de un Dios. Apelo á las madres.

Tú eres, sí, la Madre de Jesucristo, la Reina de los ángeles y de los hombres. Hemos conocido que eres la madre del Ungido, no sólo en el torrente impetuoso del amor con que nos inundas, sino que lo conocemos también en el esfuerzo colosal é inconcebible que los hombres en nuestra mísera pequeñez hacemos para amarte cuanto nos es dable amar en nuestra estructura de pigmeos, con nuestro mínimo corazón hecho de lodo.

María debe ser la Madre de Dios, puesto

que la amamos tanto. Si no lo fuera, ¿qué explicación tendría el amor que la tenemos, que si bien es en sí pequenísimos, es inmenso para ser nuestro? Para amar á la Virgen como la amamos, es indispensable que sea la Madre de Dios! ¡Sería inconcebible que sin serlo la amásemos como si lo fuese.

¿Habéis meditado cuán grande y cuán hondo es el amor que la tenemos? Hay seres que no la conocen. Mas los que una vez gustaron de la inefable ternura de su amor no pueden dejar de amarla por completo nunca. Allá en el centro del Africa y en el fondo del Asia, criaturas racionales hay que jamás oyeron hablar de Ella. ¡Desdichados! En medio de la civilización, hombres también se encuentran que la desconocen y blasfeman. ¡Bárbaros! ¡No bárbaros, sino tres y tres mil veces infelices! Pero los que una sola vez la llamaron Madre, ¿podrán olvidarla? ¡Oh, no, es imposible! Dos caracteres especiales tiene el amor que profesamos á María; que después del que á Dios tenemos, es el más hondo y el más universal de cuantos amores pueden imaginarse sobre la tierra.

No sé quien ha dicho que los grandes

afectos son mudos. Ningún amor en su silencio se explica con hechos tan patentes como el que profesamos á la Madre del Señor. Casi es, sin que lo sepamos, la raíz de cuantos grandes afectos puede abrigar el corazón humano. Los deseos ciegos que provocan las pasiones, no merecen nombre de afectos, sino de cadenas forjadas en el infierno. Las ráfagas de fuego del placer, los aguijones escamados de la ambición y los resplandores siniestros del oro, son grillos de servidumbre y no lazos del corazón. Yo creo que no hay afectos más enérgicos sobre la tierra, que los del hogar y la familia. Comprendo que al deber, es decir, á Dios, se sacrifique todo, hasta la familia misma; pero no alcanzo que pueda cosa alguna amarse más que una hija, que un padre, que una madre, que un hermano, que la mujer santamente querida cuyos huesos por la virtud de un sacramento, sean nuestros huesos mismos. El hogar es, sin duda, el asilo y el crisol de los grandes amores de la tierra. En este crisol, probemos el amor que profesamos á María.

Admirados vamos á quedar. Nos va á sorprender lo hondo, lo muy hondo del

amor que, sin saberlo casi, la tenemos. Sin estar bajo su amparo, el hogar ni siquiera se comprende. Yo no he visto entre católicos palacio opulento ni cabaña pobre, donde la imagen de María no esté como cobijando con su manto la santidad de la familia y la paz del hogar. Si no estuviera como velando sobre él la imagen de María, quedaría más sujeto á la intemperie que si un huracán se llevara el techo. Si mientras el pobre labrador sale á su faena y el necesitado artesano á su trabajo, si mientras el rico se entrega á sus empresas y el sabio á sus meditaciones, la Virgen no se quedase en el hogar para cuidarlo, el infeliz padre de familia estaría temblando por la honra de su esposa, por el decoro de su hija y por la vida de sus pequeñuelos. Yo estoy seguro que si á cualquiera católico que estuviere muriéndose de hambre, se le ofreciese pan y asilo en una casa espléndida, con la sola condición de que no había de hablar ni pensar nunca en la Virgen, mejor se moría de hambre á la intemperie, que pasar sus umbrales. Si á un mendigo se le dijese: tu hija será reina con la sola condición de que no la enseñes á amar á María,

yo respondo por él que diría sin vacilar: "que se quede mendiga." Y todo esto. ¿cómo se llama? Se llama amor y amor hondísimo. Sin María no hay hogar.

Y la amamos más todavía. Somos malos y duros de corazón, y sin embargo, si la Virgen bajase en persona de su cielo, y nos dijese á cualquiera de nosotros, dame á tu madre, dame á tú mujer, dame á tu hija, nosotros revelaríamos entonces el inmenso amor que la tenemos. Somos hombres y débiles por tanto, como es endeble una arista, y ante semejante demanda era natural que arrojándonos á sus plantas, bañados en llanto, al principio la dijéramos, ahogados por los sollozos: "No, Virgen María, por piedad, á mi madre no, porque es la raíz de mi vida, toda la savia de mi sér, y yo no puedo vivir sin su cabeza cana, sin que haga cada día flotar sobre mi frente su trémula y santa bendición: á mi mujer tampoco, porque ya tú me la diste, ya es la mitad de mi alma, porque se moriría de asfixia el pobre pecho mío el día que no sintiese el dulce peso de su casta frente á la altura de mi corazón; mi hija, menos, es un pedazo de mi propio sér, su infantil

cabeza de revuelta cabellera, es el mundo mágico de toda mi ventura; sus grandes ojos, los inmensos abismos en que me embriago y languidezco de ternura." Esto le diríamos en el arrebató de nuestra amorosa debilidad; pero si Ella, poniendo levemente serio su resplandeciente semblante, insistiese diciendo: "dámelas, sin embargo," nosotros entonces, cayendo de hinos á sus plantas, la diríamos. "Perdón, perdón Madre querida; sí, sí, tomad la que queráis, tomad las tres, si ésa es vuestra voluntad!" Decidme ahora: ¿Es ó no es, mucho muy hondo, el amor que la tenemos?

Y éste es el amor que le han profesado y le profesan todos los humanos que han llegado á conocerla. ¡Ah! tengo una magnífica prueba de la universalidad, de la catolicidad, por decirlo así, del amor que inspira. Esa prueba es muy sencilla: ¡la Letanía!

¿Sabéis, por ventura, lo que es la letanía? Ese es el solemnísimo é inmenso himno que la creación que piensa y ama ha entonado en un perdurable arrebató de éxtasis y de amor á la madre de su Señor. Es el